

RELIGIOSIDAD Y SOCIALIZACIÓN EN LA FAMILIA

Alberta Durán Gondar

Mareelén Díaz Tenorio

Yohanka Valdés Jiménez

INTRODUCCIÓN

Durante los años de trabajo del Departamento de Estudios sobre Familia del CIPS, en varias ocasiones han aflorado elementos de religiosidad en sujetos o en familias estudiadas con otros propósitos investigativos. También se han hecho algunas reflexiones en torno a la relación entre la familia y la iglesia como instituciones sociales. Nunca ha sido nuestro propósito, hasta hoy, analizar las interinfluencias subjetivas y objetivas de la religión y la familia cubana; hemos priorizado otros problemas de la realidad familiar y dejado a los especialistas en el tema de la religión este tipo de análisis.

En el año 2000 nuestro departamento culminó el estudio “Familias y Cambios Socioeconómicos a las Puertas del Nuevo Milenio”, investigación centrada en el estudio del cumplimiento de las funciones familiares y en las transformaciones y modalidades de enfrentamiento adoptadas por el grupo familiar, ante el proceso de crisis y reajuste cubano en la década de los noventa. A través de una metodología esencialmente cualitativa, se trabajó con dos tipos de familias importantes en la sociedad cubana desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo, en una perspectiva tanto presente como futura: familias constituidas por jóvenes de 30 años o menos y familias constituidas por personas de 60 años o más.

Tampoco en esta ocasión fue un objetivo investigativo el análisis de lo sociorreligioso, pero en casi la mitad de las familias estudiadas encontramos expresiones de religiosidad y/o vínculos con este tipo de instituciones. Ello nos plantea la necesidad de comenzar a reflexionar en las concepciones y relaciones establecidas entre los sujetos, la familia y el espacio –subjetivo y de participación social- religioso. Esta ponencia pretende ofrecer una primera aproximación al análisis de la socialización desde la familia como grupo e institución social, poniendo el énfasis en familias cuyos miembros poseen creencias religiosas.

Entre las familias estudiadas, seleccionamos aquellas que identificamos como portadoras de algún tipo de religiosidad, ya sea por propia declaración de las personas o por la observación realizada durante las visitas a los hogares. Ni las familias del estudio general, ni las que analizamos aquí, constituyen una muestra representativa de la población; no es posible, por tanto, establecer generalizaciones o inferencias para otras familias o grupos similares a partir de nuestras reflexiones. Tampoco se podría pensar en asegurar conclusiones acabadas sobre el funcionamiento familiar en relación con la religiosidad; sólo pretendemos, en primer lugar, aproximarnos al tema en un contexto que favorezca la reflexión sobre el lugar de la religiosidad en la vida de los individuos y los grupos sociales. En última instancia, este ejercicio de reflexión trata de propiciar el intercambio académico en torno a una línea de investigación que puede considerarse incipiente pero que resulta de suma importancia y actualidad para comprender y transformar la realidad en nuestro país.

Una caracterización general de las familias que sirvieron de base para este análisis puede ser la siguiente:

- Familias completas, nucleares y extensas, residentes en diferentes municipios de Ciudad de La Habana,
- Familias portadoras de diferentes expresiones religiosas: Catolicismo, Testigos de Jehová, Yoruba, Pentecostales, Bautista y Palo Monte.

- Familias formadas por jóvenes de 30 años o menos y familias formadas por adultos mayores de 60 años o más.

Para los estudios de casos realizados se aplicó un conjunto de técnicas:

Cuestionario de datos generales: recoge información acerca de los integrantes del núcleo familiar y las condiciones materiales de vida

Registro de actividades: con el objetivo de conocer la distribución de actividades entre los miembros de la familia, el tiempo dedicado a las mismas, el grado de satisfacción que reportan y las interacciones que se establecen durante su ejecución. Se aplicaba tres días de la semana: viernes, sábado y domingo, a todos los integrantes de la familia.

Dibujo de la Familia: es una técnica proyectiva que tiene entre sus propósitos fundamentales conocer la representación que el niño tiene acerca de su familia, las características fundamentales del funcionamiento familiar, la calidad de los vínculos afectivos, el sistema de relaciones presentes entre los integrantes del grupo, y el lugar que ocupa el niño en el sistema familiar.

Escudo Familiar: tiene como objetivo conocer aspectos referidos al funcionamiento familiar a partir de la expresión gráfica de la familia. Permite conocer los criterios de autoridad y las normas vigentes en la familia, la distribución de actividades domésticas, cómo son las relaciones en el hogar, las actividades que se realizan en el tiempo libre y las personas que participan, y la representación que tienen acerca de la familia. Posibilita un nivel de caracterización de la disposición de la familia para realizar tareas conjuntas, los patrones de interacción que caracterizan al grupo: alianzas, distancias, coaliciones, relaciones confidenciales, y los secretos y mitos familiares.

Entrevistas semiestructuradas: Se elaboraron con elementos específicos para cada integrante de las familias. Entre sus propósitos están: conocer las particularidades del funcionamiento familiar y la participación de cada integrante en el ejercicio de las funciones familiares; identificar el nivel de participación de cada miembro de la familia

en la generación y utilización de estrategias de enfrentamiento. En el caso de los adultos mayores también se indagó, entre otros aspectos, en sus representaciones de la vejez, de sí mismo, de la familia y de los jóvenes, y en las relaciones con el medio social.

Entrevista grupal: dirigida a identificar acuerdos y desacuerdos entre los miembros de la familia con respecto al funcionamiento familiar y la adopción de estrategias de enfrentamiento a la actual coyuntura socioeconómica. Asimismo, tiene como propósito precisar aspectos de la dinámica familiar como son: los líderes y los espacios físicos y psicológicos que ocupa cada integrante de la familia.

Historias de vida: tiene como objetivos comprender las vivencias actuales de los adultos mayores, sus concepciones y actitudes generales a partir de su historia personal. Es una técnica que aporta un conjunto de significados que permiten integrar lo actual y lo precedente, y, por tanto, facilita la lectura de contenidos referidos al desarrollo del funcionamiento familiar en sus diferentes etapas.

Observación: realizada durante todo el proceso investigativo, tiene como objetivo describir las condiciones subjetivas y objetivas en las que se desarrolla la familia, y constatar en la práctica las opiniones y criterios emitidos por los miembros del núcleo familiar.

A pesar de las limitaciones apuntadas, el valor fundamental de este estudio radica en haber utilizado un conjunto de métodos y técnicas cualitativas que ayudan a comprender y profundizar el fenómeno estudiado. También constituye una ventaja el cumplimiento de la exigencia metodológica de concebir a la familia como unidad de análisis, de modo que la recogida y procesamiento de la información se hizo a partir de contar con todos los miembros de la familia que conviven en el hogar; ello implicó estudiar los integrantes individuales de cada familia, y la dinámica grupal, como

momentos cualitativamente diferentes de la investigación que aportan diversidad de significados y que se integran en el análisis realizado.

LA FAMILIA Y LA SOCIALIZACIÓN FAMILIAR. ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS.

La familia se ha considerado históricamente la “célula base” de la sociedad y como tal, desde ese lugar, ya se le plantean variadas exigencias. Para algunos la concepción de célula sólo representa su cualidad de unidad mínima de la sociedad. Sin embargo, la mayoría asume este concepto para caracterizar a la familia por su valor como sistema social y su complejidad como organismo vivo.

La familia puede ser analizada como institución y como grupo social. La familia como institución social no ha podido ser reemplazada por ninguna otra, dado su papel rector en el proceso de socialización de los individuos, proceso cambiante a través del tiempo y en las distintas sociedades. Su carácter institucional la ubica en una estrecha relación con la sociedad, no sólo por constituir el mejor espacio de vínculo e intermediación entre el individuo y el sistema social, sino como espacio privilegiado para la acción de políticas sociales y económicas.

Como grupo social, la familia realiza un conjunto de funciones, cuya integración da lugar al cumplimiento de la función educativa o socializadora. Constituye un sistema de relaciones de disímiles características (afectivas, consanguíneas, cohabitacionales, etc.) que garantizan la reproducción social, la satisfacción de necesidades de sus miembros y regulan espontáneamente su desarrollo.

Conceptualizar a la familia exige un enfoque integral que incorpore la diversidad y la particularidad en un sistema relacional dialéctico. En esta dirección, podemos encontrar en la literatura múltiples definiciones que reflejan con precisión las características de un contexto o época determinada, estableciendo sus límites de

acuerdo con los intereses investigativos y con las concepciones teóricas de sus autores. Incorporándonos al debate científico en esta área del saber, definimos a la familia como *“un grupo integrado por dos ó más personas, emparentadas entre sí hasta el cuarto grado de consanguinidad y segundo de afinidad, que conviven de forma habitual en una vivienda o parte de ella y tienen un presupuesto común”*.

Cuando intentamos precisar el término familia, compartimos la opinión de M. A., Durán cuando argumenta: “En sentido estricto, “la familia” no existe, es una sustantivización o abstracción conceptual... lo que conocemos son formas muy variadas y cambiantes de relaciones interpersonales en torno a dos ejes de vinculación: los de afinidad y los consanguíneos “(Durán, M. A, 2000, p.3). Sin embargo estos ejes de vinculación se complejizan cada vez más y afectan de manera importante las relaciones interpersonales al interior de este grupo humano. Esta complejidad es resultado de la diversidad que caracteriza hoy a los numerosos sistemas sociales, unido a las demandas cambiantes de una realidad social que introduce sensibles transformaciones ideológicas, culturales y económicas en cada nación.

Por otra parte, la investigación del grupo familiar implica distinguir dos niveles de análisis: el nivel subjetivo y objetivo. En el plano subjetivo es necesario reconocer que la familia abarca una red de relaciones mucho más amplia y sutil que las limitadas al espacio del hogar y al mismo tiempo, cumple otras funciones que trascienden sus fronteras. Son realidades que pueden solaparse, pero entre ellas existen diferencias substanciales. “La familia es una continuidad simbólica que trasciende a cada individuo y a cada generación que engarza el tiempo pasado y el tiempo futuro... siempre hay un núcleo de familiares reconocidos que viven en hogares separados y no obstante, forman parte de un “nosotros” psicosociológico de identidad colectivo... Los hogares son acotaciones del espacio y del tiempo... son configuraciones de símbolos y la coincidencia en el mismo espacio proporciona también cierta identidad de grupo “. (Durán, M. A; Ob. cit., p. 5).

Cada individuo tiene su propia elaboración y representación acerca del grupo familiar, ya sea por su valor referencial o por constituir el grupo de pertenencia primario. Este elemento plantea retos para la investigación, en tanto cada persona construye su modelo de familia a partir del lugar que ocupa en el sistema de relaciones grupales, en cada etapa del ciclo de vida familiar.

En el plano objetivo, también hay que incluir el análisis de las condiciones materiales de vida, entendidas como conjunto de bienes y recursos que constituyen premisas básicas para el desarrollo de las funciones familiares, así como, las características del entorno más cercano a la familia, y las relaciones que se establecen entre este grupo y las restantes instituciones sociales: escuela, iglesia, comunidad, etc. De esta manera, para valorar a la familia, debemos examinar los cambios sociales que se han generado en los últimos años y que han impactado la dinámica de diferentes instituciones y grupos de la sociedad.

Las modificaciones producidas en las condiciones de vida, resultado del proceso crisis –reajuste denominado “Período Especial”¹, influyen marcadamente en la familia, grupo medular del entramado social. El grupo familiar atenúa, concentra e intenta resolver múltiples contradicciones que surgen en y durante la crisis. Desde la solución de los problemas materiales más acuciantes hasta la reestructuración de valores y normas morales y conductuales, todo pasa de una u otra forma por la familia.

La diversidad de familias existentes posee determinados recursos materiales, intelectuales y afectivos de partida para enfrentar las contradicciones que genera la crisis; cada familia es una individualidad específica, pero todas, de alguna manera, sufren cambios en esta década, no sólo determinados por su propia evolución como grupo primario, sino por las condiciones cambiantes de un medio social que había

¹ En la década del 90, con el derrumbe del campo socialista europeo y el recrudecimiento del bloqueo norteamericano, el país atraviesa un período de crisis económica caracterizado por agudas contradicciones sociopolíticas y el marcado deterioro de las condiciones de vida de la población. La crisis de inserción que se origina en la economía cubana tiene un doble impacto en la vida social: en primer lugar, derivado de la propia vivencia de crisis y ruptura con el cotidiano de vida; y en segundo lugar, el impacto provocado por la implementación de un conjunto de reformas socioeconómicas para amortiguar los efectos de la crisis e introducir cambios en las estructuras básicas del sistema económico, sin enajenar su esencia socialista.

alcanzado un nivel de desarrollo económico y político que garantizaba —y aún lo hace hoy, a pesar de las dificultades- una estabilidad ciudadana.

Los factores sociales y el propio desarrollo del grupo familiar, plantean modificaciones a su funcionamiento, que se expresan de manera singular en el ejercicio de sus funciones, en las prioridades que la familia comienza a establecer, y en la configuración de modelos o rasgos estructurales que definen su dinámica interna. Pero más allá de los mecanismos desplegados por la familia para adaptarse a las nuevas condiciones del entorno, ella ha sido protagonista de un conjunto de tensiones y contradicciones gestadas en el nivel macrosocial. Estas condiciones coyunturales, pueden fortalecer o debilitar a la familia cubana, efectos estos que dependen de la integración de múltiples factores económicos, psicológicos y sociales.

Retomar la concepción “celular” de la familia señala, como paso imprescindible, la necesidad de considerar las funciones que este organismo social cumple para mantener su propia vida y para contribuir al funcionamiento del sistema social en el que ella se inserta. Analizar las funciones de la familia exige considerar la interrelación entre sus miembros —o componentes que la estructuran- y su interacción como grupo unitario, con el resto de la sociedad.

“El concepto de función comprende las actividades que cotidianamente realiza la familia, las relaciones sociales que establecen en la realización de estas actividades - relaciones intra y extrafamiliares - y los efectos producidos por ambas”. (Reca, I. y otros, 1990; pag 6). Los autores de esta concepción enfatizaban que las actividades, las relaciones y sus efectos no discurrían en planos independientes —a lo interno, a nivel comunitario y de la sociedad- si no que operaban simultáneamente en los niveles micro, meso y macrosocial, como aportes de la familia a la reproducción social. “Aunque analíticamente separables, las funciones de la familia constituyen un complejo de procesos estrechamente entrelazados que, en su unidad, constituyen la

síntesis del proceso de reproducción social de la familia, proceso éste que es parte de la reproducción de la sociedad”. (Ibidem)

Se consideró en nuestro estudio un modelo analítico que comprendía tres funciones o “complejos de funciones”: la biosocial, la económica y la cultural, y una función integradora resultante: la función educativa o formadora que *“es el resultado no solo de algunas actividades llamadas ‘educativas’ sino de las múltiples actividades y relaciones que se establecen en la familia y se desarrollan en condiciones de vida determinadas...”* (Ibidem).

El enfoque de la función socializadora –educativa o formadora- de la familia resulta un aspecto complejo. Si consideramos como concepción de partida el papel autorregulador de la personalidad, y por lo tanto el papel activo del sujeto en su desarrollo, no podemos esquematizar el estudio de esta función considerando sólo las actividades y relaciones propias de cada función y un balance de los efectos que pueden imputársele en términos de la formación de la personalidad. La socialización familiar deberá enfocarse como el estudio de las condiciones favorecedoras o limitantes dentro de cada grupo –considerando el entorno social- para el crecimiento personológico de todos y cada uno de los miembros. Ello exige, entonces, considerar las potencialidades socializadoras distintivas de cada etapa –niñez, juventud, adultez y vejez- desde la concepción de “situación del desarrollo” y elaborar distinciones específicas en los diferentes momentos de la vida que permitan estudiar las peculiaridades del “crecimiento” personal desde la vida familiar.

F. González (1991, p.118) resume este enfoque cuando explica: “la influencia educativa no tiene un valor en sí, fuera del sentido que el individuo le atribuye a partir de su personalidad... el verdadero proceso educativo se da al interior del individuo... la forma en que la personalidad traduce la información recibida por las influencias educativas en información relevante ... no depende del valor que esta información contenga, ni de su mayor o menor justeza, sino del sentido psicológico que le confiere a ésta”.

Un problema teórico metodológico crucial para nuestra concepción de trabajo es el papel de la subjetividad individual y grupal en el cumplimiento de las funciones familiares. Considerar cómo cada sujeto estudiado percibe o se representa el rol que asume, los éxitos o fracasos del desempeño y de las metas que alcanza, y las emociones y sentimientos que manifiesta ante la actividad y la comunicación familiar, resulta un plano importante de análisis. También resulta imprescindible valorar los referentes que utiliza –significados tomados de diferentes niveles de la sociedad o del propio grupo– y los sentidos personales que desarrolla, para comprender el funcionamiento familiar. En esta dirección trataremos de concretar un nivel de análisis de los datos obtenidos.

Cada familia, como grupo y como institución social, plantea espacios y posibilidades favorables y/o desfavorables muy diferentes, en cada uno de los grupos, para el cumplimiento de su labor socializadora. Las condiciones objetivas de vida, las dinámicas intrafamiliares que se producen, las habilidades o recursos personales de los “educadores” - y cómo asumen este rol -, las contradicciones entre objetivos individuales, grupales y sociales, son algunos elementos a tener en cuenta desde el grupo familiar. A esto se le une la posición activa del sujeto en su autodesarrollo, determinada por la concepción de sí mismo, sus motivos hacia la actividad, y sus recursos personales para enfrentar éxitos y fracasos, entre otros elementos dinamizadores del “crecimiento personal”.

La compleja interrelación que puede darse entre condiciones socializadoras positivas, negativas y ambivalentes en cada familia y su influencia concreta en cada situación personal, resulta muy difícil de establecer; más complejo resultaría aún aventurar resultados en la personalidad de los sujetos. No se desconoce además, que estos elementos no son las únicas fuerzas socializadoras a las que cada individuo se enfrenta - desde sus recursos psicológicos- a lo largo de la vida.

Resulta innegable el papel primario que la familia desempeña en la apropiación del desarrollo histórico - social. Ello, unido al hecho de constituir en todas las edades un referente imprescindible, inmediato y generalmente prestigioso para los sujetos, hacen de este grupo el contexto primordial de la socialización a lo largo de toda la existencia humana. Ello no niega el lugar desarrollador de otras instituciones que, en teoría, acompañan a la familia, pero que también podrían sustituirla, total o parcialmente, y en determinados contextos de actuación personal, como elementos claves de la socialización individual; en ello radica precisamente el carácter autorregulado de la personalidad y su aceptación, rechazo o indiferencia a los estímulos sociales que recibe.

LA SOCIALIZACIÓN EN LAS FAMILIAS CON CREENCIAS RELIGIOSAS.

Como se expresó al inicio de este trabajo, resulta imposible una caracterización científicamente rigurosa de la influencia y características de la religiosidad –individual o del grupo- en la socialización de sus miembros. No constituyó un objetivo del estudio distinguir a estas familias de las que no profesaban este tipo de creencias, y por tanto sus realidades, conflictos, aspiraciones y formas de enfrentamiento a la realidad se integran a las de toda la muestra estudiada.

Un análisis casuístico permite, sin embargo, algunas reflexiones específicas en este tipo de familias, que nos permiten un primer acercamiento a la significación de estas creencias y a los espacios sociales que brindan para ellas –o para los sujetos o las familias “no creyentes”- instituciones religiosas como la iglesia u otras organizaciones. Como elemento de partida, resulta necesario precisar que las creencias religiosas observadas podían ser comunes a todos los integrantes o no estar presentes en algunos de los miembros del grupo familiar. En algunas familias se constató la pertenencia de

los sujetos individuales a distintas denominaciones religiosas, fueran practicantes activos o no. No emergieron conflictos generados por estas diferencias en las familias nucleares, pero en las extensas, ellas parecen propiciar el surgimiento de conflictos que pueden extenderse en el tiempo y atenuarse sólo cuando los sujetos individuales aceptan la diversidad religiosa en la familia. De alguna forma, las relaciones de poder al interior del grupo –determinadas por el aporte económico o por el reconocimiento subjetivo del “jefe de núcleo”- determinan la tolerancia hacia las diferencias, pues los líderes tienden a imponer sus concepciones ideológicas de creyente o de no creyente. Por otra parte, cada generación posee su historia, su propio sistema de necesidades y sus referentes socializadores son también diferentes. De manera que la religión cumple para cada generación funciones específicas, adopta formas diferenciadas y lo sobrenatural se comprende, incorpora y transmite a partir de ideas, representaciones y expresiones simbólicas particulares.

Sin pretender reproducir todos los elementos de análisis de la Investigación en torno a los elementos favorecedores o limitantes de la socialización en este grupo, resulta importante destacar que en todas las familias constituyen condiciones positivas para lograr una socialización adecuada, que:

- el grupo familiar sigue siendo el nivel de integración social primario y el sistema protector esencial para niños, jóvenes y adultos, en nuestra sociedad.
- la familia garantiza la satisfacción de las necesidades primarias de todos los miembros y por lo tanto de la existencia y del desarrollo físico de éstos, fundamentalmente de los sujetos más vulnerables: niños y adultos mayores.
- en la familia se satisface la necesidad de identidad personal de los sujetos en todas las edades, y en ella se observa la presencia de solidaridad interpersonal y de ayuda mutua entre los miembros del grupo, y de estos con sus parientes, o sea, de la red familiar.

- las parejas jóvenes establecen sus relaciones basándose en el vínculo afectivo de sus miembros; toman la decisión de establecer los vínculos de pareja apoyándose en sus determinaciones individuales; y valoran el nacimiento de los hijos como el resultado más positivo de la unión.
- la familia garantiza un nivel de protección a la vejez y permite compensar las pérdidas naturales del envejecimiento individual; la mayoría de los adultos mayores desempeñan roles activos en las familias en las que conviven.
- La presencia de adultos mayores en la familia permite la transmisión de experiencias y garantiza la historicidad familiar.

Aunque la familia constituye la forma de incorporación, por excelencia, a los espacios sociales en todas las edades, la Iglesia –u otras formas de agrupación religiosa– representa para gran parte de los adultos mayores –aunque no sean creyentes– el segundo espacio social en la satisfacción de necesidades materiales. Para los creyentes, representa un espacio importante de satisfacción espiritual por la comunicación con los “hermanos” y la comunidad de creencias. La significación “de refugio” de “la Iglesia” aumenta en los mayores que carecen de descendientes o de otros parientes que los atiendan, pero también se acrecienta ante los conflictos –familiares o de la sociedad– o ante los problemas familiares graves como la muerte de la pareja o la enfermedad de algún ser querido.

Para muchos ancianos, cristianos o no, el apoyo en medicinas y alimentos que encuentran en estas iglesias constituye la única ayuda que reconocen a nivel social para la vejez, fuera de sus familias. Este aporte se valora, además, como el referente que deben adoptar otras instituciones sociales, como las organizaciones de masas comunitarias, si se plantearan ayudar a los mayores.

En las familias extensas integradas por jóvenes, son los adultos los que poseen criterios más sólidos acerca de la religión que practican, fundamentan con mayor amplitud el por qué de sus creencias, realizan y participan con mayor sistematicidad en actividades religiosas - cultos, celebración de determinadas fechas, ritos, peregrinaciones -. Los contenidos religiosos se encuentran en mayor medida incorporados en su subjetividad, mediatizando sus concepciones del mundo y expresándose a través de racionalizaciones, creencias y explicaciones acerca de su realidad más cercana. Algunos jóvenes, aunque practican alguna forma de religión, participan de forma eventual en las actividades; se centran en la resolución de determinados problemas, ya sean individuales o familiares; sus acciones se caracterizan por ser más inmediatas; y en sus argumentos no logran definir con claridad qué beneficios reciben, ni qué justifica su fe.

Las condiciones negativas que pueden no favorecer una socialización adecuada, en todas las familias estudiadas, abarca diferentes aspectos:

- las condiciones objetivas de vida en la familia no dependen del aporte social de los miembros
- la familia elabora planes de vida caracterizados por su inmediatez; se jerarquiza la satisfacción de las necesidades materiales y se observa poca presencia de necesidades espirituales como elementos movilizados de la actividad familiar; se hiperboliza así la función económica sobre las demás funciones familiares
- se observa falta de conocimientos sobre las formas adecuadas de educación y ausencia de análisis crítico de las consecuencias indeseables de las que ejecutan
- se mantienen dificultades en las habilidades comunicativas y relacionales al interior del grupo; pocas actividades y pocas familias logran la integración de todos los miembros en sus actividades, y se observan relaciones no democráticas.
- en las familias con parejas jóvenes se observaron: falta de espacios físicos y/o psicológicos para la pareja joven, predominio de relaciones sexistas en la pareja y

actitud acrítica ante ellas. Se crean “mitos” apoyados en referentes externos que impiden la reflexión madura de la realidad familiar y el aprovechamiento de las posibilidades existentes para “construir” la relación de pareja.

- en la familias con adultos mayores se observaron niveles de dependencia económica de los convivientes y de otros familiares; falta de incorporación del adulto mayor a las actividades sociales, y falta de aspiraciones y sentimientos de minusvalía por las pérdidas en estos sujetos.

En nuestro estudio constatamos como tendencia que son pocas las tareas y pocas las familias que logran la integración de todos los miembros en determinadas actividades –por ejemplo: domésticas, recreativas– creándose al interior de estos grupos contextos específicos para la satisfacción de necesidades individuales de cada uno de sus integrantes.

Las actividades religiosas no escapan de esta norma. Existen diferencias genéricas significativas en la forma, intensidad y nivel de participación de los miembros de la familia en las actividades religiosas. Los datos revelan que, con frecuencia, los hombres disponen de mayor tiempo para la realización de rituales y para la asistencia a cultos, en la multiplicación de experiencias religiosas, y el estudio de los principios básicos o doctrinas de la religión que profesan, las que son percibidas como una “filosofía diferente para ver la vida”. En cambio, las mujeres refieren menor participación en este tipo de actividades, que son pospuestas, en la mayoría de los casos, por la realización de tareas domésticas o relacionadas con el cuidado de los hijos. De manera que, en los casos en que las mujeres practican alguna creencia, disponen de poco tiempo para realizar actividades religiosas.

Para ellas, por lo general, la religión se asocia al tiempo libre, que al ser un espacio notablemente disminuido en su cotidianidad hogareña, limita la práctica de determinados cultos, “orar”, “visitar la Iglesia”, o “consultarse”. Así, postergan de

forma reiterada, necesidades que van surgiendo asociadas a la fe, al crecimiento espiritual y a la realización personal; ceden estos espacios al cumplimiento de otras funciones familiares asociadas a la reproducción física de los integrantes de la familia y a la solución de problemas materiales concretos que se presentan en el hogar.

Algunas acuden a la religión sólo cuando se le presentan dificultades personales o familiares, –de carácter material, enfermedades, búsqueda de sosiego, reformación de la personalidad- que resultan “graves o impostergables” según su visión. De esta forma, las creencias religiosas comienzan a funcionar para estas mujeres, más con una concepción de inmediatez, con una base utilitaria, que como una práctica sistemática, lo cual es sentido por algunas de ellas como una carencia, que queda expresada en el deseo de disponer de mayor tiempo para estos fines.

Resulta imposible entonces, analizar la práctica de determinadas formas de religiosidad sin considerar otras áreas de la realidad familiar que afectan su expresión, el nivel jerárquico que ella ocupa para la familia, y la participación diferenciada de cada miembro en esas actividades. Es necesario considerar, por ejemplo, la calidad de las relaciones que se establecen entre los miembros de la familia, cómo se distribuyen las tareas en el hogar, cómo se solucionan las dificultades cotidianas y qué aportan desde su individualidad, los integrantes del grupo al funcionamiento familiar. Por otra parte, resulta insuficiente analizar cómo se desarrolla la práctica religiosa de la mujer en y desde la familia, si no consideramos la influencia - histórico - social - de la discriminación de género en las distintas expresiones religiosas que ha limitado la participación y protagonismo femeninos en algunos casos, y subvalorado su rol en otros.

Otro aspecto negativo característico: la jerarquización de la satisfacción de las necesidades materiales y la poca presencia de necesidades espirituales como elementos movilizados de la actividad familiar, no resulta diferente para las familias religiosas. Llama la atención que sólo dos sujetos creyentes planteen aspiraciones relacionadas

con la religiosidad en su jerarquía de motivos. En uno de ellos “convertirse en pastor” se plantea como sexta y última aspiración, y en el otro caso se trata de una mujer que desea “hacerse santo”, aspiración señalada en un segundo lugar jerárquico, pero alcanzar esta meta tiene para ella un sentido utilitario ligado al sentimiento de protección individual y familiar que esa condición le brindaría.

En el análisis de la socialización familiar hemos considerado que determinadas condiciones y/o relaciones familiares no pueden considerarse favorecedoras ni entorpecedoras del desarrollo personal, como regla general. Hemos denominado condiciones ambivalentes a aquellas que pueden tener sentidos opuestos –positivos y negativos- para cada sujeto o para la sociedad. De esta forma, la búsqueda autónoma de estrategias de enfrentamiento a la crisis económica, por la familia, resulta provechosa al garantizar la reproducción individual y social de sus miembros, pero los espacios de ilegalidad o delictivos presentes en la mayoría de esas estrategias, plantean significados indeseables para los individuos, la familia y para toda la Sociedad en su conjunto.

No se observaron diferencias sustanciales entre las estrategias generales desplegadas² en las familias religiosas y en las que no profesaban estas creencias para enfrentar los efectos de la crisis. Resultó particular de las primeras, sin embargo, la inclusión de sus creencias como recursos amortiguadores desde la subjetividad individual. Ello se expresa tanto en el refugio en las creencias, como en la aceptación resignada de la realidad o en el consuelo ante las dificultades, pero llega, en alguna familia católica, bautista y yorubá, a realizar acciones religiosas específicas buscando la solución de – fundamentalmente- los problemas de salud de algún miembro, fundamentalmente de los niños. Estas acciones: rezos, despojos, promesas, etc., tienen una elevada presencia de concepciones sincréticas.

² La mayoría de las estrategias identificadas, y en gran proporción ejecutadas en la práctica, se relacionan con el incremento de los ingresos para satisfacer necesidades sentidas por el grupo familiar. Algunas se relacionan con la venta y oferta de servicios, otras con el establecimiento de nuevos vínculos laborales; las menos apuestan por la superación personal o por la optimización de los

También resulta distintivo que los creyentes de las expresiones yorubá y de la santería utilizaran los ritos religiosos como medio para la obtención de ingresos familiares. Confeccionar comida o ropa recibiendo un pago en metálico o en especies, imprime un sentido económico a las estrategias desplegadas alrededor de la práctica religiosa. Esta observación no debe ser interpretada como una característica privativa de sujetos de estas expresiones; podrían darse motivaciones utilitarias en otros, pero no afloraron en nuestro estudio.

Por último, nos parece necesario detenernos en otra condición ambivalente general: la no imposición de metas de vida a sus hijos por los padres. Si bien resulta positivo que los progenitores respeten decisiones, intereses y criterios de los hijos, sin imponer puntos de vista o valores propios, en la mayoría de los casos ello está motivado por la falta de aspiraciones paternas, por la inmediatez de la vida adulta, y/o por el criterio fatalista de la predeterminación del futuro personal por fuerzas ajenas al esfuerzo individual. Se brinda así una pobre estimulación cultural a los menores³ impidiendo –o al menos, no propiciando- el desarrollo de sus potencialidades como sujeto.

Algunas familias creyentes afirman no imponer a los hijos sus concepciones religiosas, pero éstas constituyen un modelo o referente paterno actuante en los menores, pues los niños participan en las actividades o rituales religiosos con sus padres. También se estimula a los jóvenes a realizar acciones de significado religioso que forman parte de las costumbres cotidianas –saludar al santo, echarse cascarilla antes de salir de la casa, usar azabaches, etc.- y se desapueba el incumplimiento de determinadas normas religiosas.

recursos disponibles. La recepción de remesas –de familiares, amigos o instituciones- y la migración externa también se encontraron en la muestra.

³ la brindada a los adultos mayores es casi nula y no trasciende, para la mayoría, la televisión.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En tanto grupo, las familias estudiadas garantizan la reproducción física de sus miembros y la satisfacción de las necesidades más inmediatas de los individuos. Ello ha sido posible a pesar de la incidencia, con un peso relativo, de importantes factores como: la ausencia de preparación para solucionar conflictos y los retos de una modernidad que tiene como divisa el cambio, el deterioro general de las condiciones de vida en la población cubana, y la diferenciación social generada a partir de la crisis socioeconómica iniciada en el país con la década de los noventa. Valdría decir que, unida a las conquistas sociales logradas después de 1959, la participación activa de la familia como agente amortiguador y catalizador de las dificultades sociales, se ha mostrado en los últimos años como un sólido recurso para la continuidad de su propio sostenimiento.

Los resultados de la investigación muestran una reevaluación de la familia en cuanto al reforzamiento de su importancia en todo sentido: para los individuos, para el grupo familiar y para toda la sociedad en su conjunto. Las condiciones actuales van exigiendo una reconceptualización de la familia en la que se destierre el ideal de un tipo único y rígido de unidad familiar. Los resultados apuntan cada vez más a la diversidad familiar ante los cambios que se producen en el contexto social. La aceptación de esa pluralidad de formas de constituirse y de funcionar, y la posibilidad de surgimiento de nuevas familias, debe convertirse en elemento primordial que flexibilice la reconceptualización de éste grupo como célula básica de la sociedad.

En otra dirección, resulta imprescindible que la familia, además de funcionar como refugio y protección para sus miembros, no se aísle del entramado social. Para formar realmente los valores de la democracia social, se requiere la búsqueda de mayor equilibrio entre el discurso social y la realidad de la vida cotidiana. La sociedad debe facilitar espacios sociales y referentes positivos para el desarrollo familiar. Entre ellos,

los que emanan de la religión y de la religiosidad personal deben ser considerados sin prejuicios, en su papel orientador, movilizador y cohesionador.

La familia necesita ayuda para desempeñar una labor socializadora dirigida al crecimiento individual y del grupo familiar, y que, por tanto, se revierta en el desarrollo social. Esta ayuda exige brindar nuevos espacios con límites flexibles a este grupo en la sociedad y un nivel de orientación que le permita lograr referentes nuevos, hacer reflexiones maduras y trazarse aspiraciones más elevadas. La labor formativa de la familia no puede ser suplantada por otras instituciones socializadoras, y el reto de minimizar la disonancia entre las instituciones existentes exige brindarle a la familia un verdadero papel —el papel que le corresponde— en el desarrollo social.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez, Mayda (1992) *“Comunicación en la familia. Estudio de casos”*. La Habana, CIPS-ACC.
- Álvarez, Mayda y otros, (1996). *“La familia cubana. Cambios, actualidad y retos.”* Centro de Estudios Demográficos, La Habana.
- _____ (1992) *“Posibles impactos del Período Especial sobre la familia cubana.”* La Habana. Departamento de estudios sobre la familia, CIPS-ACC.
- Caño, María del Carmen (1991). *“Avance exploratorio sobre las estrategias familiares de enfrentamiento al ajuste actual.”* La Habana. CIPS.
- _____ (1993) *“Una alternativa metodológica para la investigación de la reproducción cotidiana de los grupos familiares a la luz de los procesos de ajuste socioestructural en Cuba.”* La Habana, CIPS.

- Carabaña, Julio (1993). “*Educación y estrategias familiares de reproducción*”. En: Estrategias Familiares. Madrid, Alianza Universidad.
- Centro Iberoamericano de la Tercera Edad (CITED) (1996) “*Atención al anciano en Cuba. Desarrollo y perspectiva.*” Editora Palacio de las Convenciones, La Habana.
- Chávez, Ernesto (1998). “*Transformaciones demográficas, cambios en la familia y niveles de salud en Cuba.*” En: Revista CIDE, Vol. 3, Num. 2, Universidad de Puerto Rico.
- _____ (2000). “*Características sociodemográficas y familia en Cuba.*” (Inédito).
- Colectivo de Autores (1999). “*Diversidad y complejidad familiar en Cuba.*”. La Habana, Centro de Estudios Demográficos (CEDEM) e Instituto Iberoamericano de Estudios sobre Familia (IIEF).
- De Babieri, Teresa (1984). “*Incorporación de la mujer en la economía en América Latina.*” En: Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo (PISPAL). El Colegio de México, UNAM.
- Díaz, Mareelén (1994). “*Uniones Consensuales en Cuba*”. La Habana. Colección “Pinos Nuevos”. Editorial de Ciencias Sociales.
- Díaz, Mareelén y Susett González, (1998). “*Programa educativo dirigido a adolescentes y jóvenes. Preparación para la relación de pareja y la convivencia familiar.*” La Habana, CIPS.
- Díaz, Mareelén y Alberta Durán (1999). “*PRECOM. Prepararnos para la convivencia. Programa educativo dirigido a padres y madres. Preparación para la convivencia humana y las relaciones interpersonales.*” La Habana, CIPS.
- Díaz, Mareelén y otros (2000). “*Familia y cambios socioeconómicos a las puertas del nuevo milenio.*” La Habana, CIPS.

- Durán, Alberta y Ernesto Chávez (1997). *La tercera edad en Cuba. Un acercamiento sociodemográfico y sociopsicológico*. La Habana, CIPS.
- _____ (1998). *“Una sociedad que envejece: Retos y perspectivas.”* En: Revista Temas No. 14, Abril – Junio de 1998, La Habana.
- Duran, María Ángeles (1988). *“De puertas adentro”*. Madrid. Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura.
- Durán, María Ángeles (2000). *“La Red Iberoamericana para la integración de la producción de los hogares en los Sistemas de Contabilidad Nacional.”* Ponencia presentada en la V Conferencia Iberoamericana sobre Familia, Madrid, España.
- Fortuna, J. C. (1982). *“En torno a las estrategias familiares de vida.”* Centro de Información y Estudios de Uruguay. CIESU.
- Garrido, Luis y Enrique Gil, (1993). *“Estrategias familiares.”* Madrid. Editorial Alianza Universidad.
- Gil, F. y C. M. Alcover de la Hera, (1999). *“Introducción a la Psicología de los Grupos.”* Madrid. Ediciones Pirámides S. A.
- González, Fernando. (1991). *“La personalidad. Su educación y desarrollo.”* La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- Reca, Inés y otros. (1988). *“Conjunto de indicadores para la evaluación del modo de vida familiar.”* CIPS, Dpto. de Sociología.
- _____, (1989). *“Caracterización de algunas tendencias de la formación de parejas y familias en la población joven.”* La Habana, CIPS.
- _____, (1989). *“Caracterización del modo de vida de las familias obreras y trabajadores intelectuales en el ejercicio de la función formadora.”* Dpto. de Estudios de Familia, CIPS.

- _____, (1990). *“Medidas para el perfeccionamiento del modo de vida y la función formadora de la familia con hijos adolescentes y jóvenes.”* La Habana, CIPS.
- Turtós, Larissa y Yohanka Valdés, (1999). *“El divorcio, un proceso de transición. ¿Nuevas configuraciones familiares o ruptura de una identidad familiar?”* Trabajo de Diploma, Facultad de Psicología. Universidad de La Habana. La Habana.